

IN MEMORIAM:

GABRIEL ECHEGOYEN

Con un sobrecogedor sentido premonitorio, hizo grabar en el dorso de la cruz de plata la fecha y el camino que esa madrugada se disponía a emprender: «25 de Junio de 1995. Caminaré con el Señor por el sendero de la vida (Sal. 114,9)».

La cruz, elegida y preparada con el primor de siempre, era el obsequio para Rafael, amigo y correligionario desde los tiempos de plenitud del Círculo San Raimundo de Peñafort de *Corporación Universitaria*, quien, después de una larga preparación, fue por fin ordenado sacerdote ese día. El absurdo y terrible accidente impidió a Gabriel asistir a la ceremonia. Junto con los horribles dolores que el fuego debió provocarle, el no poder ver a Rafael consagrar en sus manos el Cuerpo de Cristo, debió ser el último sacrificio antes de su muerte, ocurrida quince días después, el 11 de julio.

Gabriel Echeгойen había irrumpido en nuestras vidas el año 1976, cuando él aterrizaba en Madrid procedente de su Irún natal y dábamos nuestros primeros pasos en la Universidad.

Eran tiempos de intensos compromisos personales en la lucha por el Derecho Público Cristiano y él quiso ocupar la primera fila. Muy pronto se sumó a las actividades en marcha, que eran entonces, fundamentalmente, de formación doctrinal y apostolado en las Facultades.

Traía consigo los valores heredados de una familia buena y un importante bagaje espiritual e intelectual recibido en una célula del *Office* de San Juan de Luz, en Francia, donde se había educado. Allí había conocido también a Marie Joe, amiga y compañera fiel hasta el último aliento de vida.

Era por aquellos días suscriptor de las principales revistas del entorno de la antigua *Cité Catholique* y se identificaba, con pasión que nos transmitía, con la historia y el pensamiento de la Contrarrevolución francesa. Poco tardó en hacer suyos *Verbo* y toda la cadena ininterrumpida de pensadores tradicionales españoles, que eran nuestros guías en la doctrina.

Con asombrosa magnanimidad, aportó desde el primer día a

la Causa —a la que él, con su siempre peculiar jerga, llamaba «la Cosa Católica»— talentos, tiempo, recursos materiales y sus valiosas relaciones familiares y sociales. Nada escatimó este corazón grande que bien podía haberse dejado vencer por otros resortes que le hubieran inclinado, de una manera natural, hacia una vida fácil y cómoda. Y todo lo hizo siempre con un ejemplar sentido de la caridad, del cuidado de las buenas formas, de la más pulcra educación y de los detalles propios de un alma sensible y creativa, como era la suya. Con ese sentido caballeresco, en fin, del que hasta el final hizo su estandarte.

Tuvimos el honor de compartir con él años de muchísima actividad, canalizada a través de una asociación de estudiantes —*Corporación Universitaria*— nacida al calor de *Ciudad Católica* y de la que Gabriel fue durante algún tiempo Secretario General, coincidiendo además su mandato con el principal hito de la historia de Corporación: la celebración en Madrid del III Congreso Hispanoamericano de Estudiantes Universitarios Católicos. Después, iniciada ya su vida profesional como abogado, se entregaría a un malogrado proyecto político que estaba, sin embargo, cargado de futuro: el *Equipo 92*.

Gabriel, treinta y ocho años de edad, nos ha sido «arrebatao prematuramente», como antes nos lo fue su queridísimo Javier Bocanegra. A ambos unió un mismo Ideal temporal —el Reinado Social del Corazón de Cristo, la Civilización del Amor— y ambos hicieron de sus vidas una fértil exaltación de la bondad y la hermandad.

Ninguna de las deslealtades y flaquezas de quienes marchamos a su lado, fueron suficientes para que Gabriel arriase un solo centímetro su bandera de la amistad sin medida. Y si es verdad que a veces no entendíamos que perdonase tanto, ahora es fácil apreciar cuánto ha debido agradar ese espíritu de caridad a Quien se dejó crucificar por los pecados de toda la Humanidad.

Es inevitable que la muerte de Gabriel nos provoque a muchos un inapelable sentimiento de orfandad. Nadie va a poder llenar el hueco que deja en nuestra comunidad de lazos invisibles, porque Gabriel era una personalidad singular y original para todo. Tan sólo nos consuela la certeza de que él, que ha llegado antes a la meta, vela ahora desde la Felicidad conquistada, con María Reina y Todos los Santos, por nosotros, sumidos en esta apasionante y difícil encrucijada del nuevo siglo.

Gabriel Echegoyen, compañero y hermano: ¡estás presente!

JAIME URCELAY.